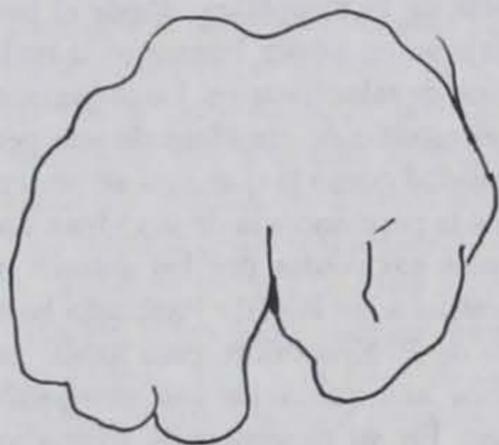


"Hombres comunes"

Los compañeros de Féderman.
Cofundadores de Santafé de Bogotá
José Ignacio Avellaneda Navas
Academia de Historia de Bogotá-Tercer Mundo
Editores, Bogotá, 1990, 442 págs.

Este libro plantea nuevamente el estudio de la fundación de Santafé de Bogotá, clarificando el proceso en lo que a los actores históricos se refiere: si antes se concedía particular importancia a los hombres del licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada y, en menor medida, a los "peruleros" de Belalcázar, gracias a este excelente trabajo el primer lugar lo ocupan hoy los compañeros de Féderman (o Federmann).



El trabajo se inicia explicando la presencia de las huestes de Féderman en la sabana de Bogotá como una consecuencia del fracaso de la acción colonizadora de los gobernadores alemanes en Coro (en la actual Venezuela). Este fracaso es atribuido, en el caso del gobierno de Ambrosio Alfinger, a una suma de errores: los resultados adversos en la búsqueda de una salida al Pacífico por la laguna de Maracibo; a su prolongada ausencia de su sede de gobierno pero, principalmente, a haber descuidado la parte española de sus subordinados, que llevó a un enfrentamiento con el cabildo de la ciudad. Esto lo reduce Avellaneda a una explicación sencilla: los gobernantes alemanes privilegiaron las empresas de conquista a las de colonización. Intentar corregir este error fue el primer esfuerzo hecho por Nicolás de Féderman, sucesor de Alfinger, quien fracasó ante la actitud que asumieron sus subordinados de origen

español, viéndose obligado a iniciar un proceso de descubrimiento y conquista que lo llevaría a Santafé de Bogotá.

La llegada a la sabana de Bogotá de la empresa de conquista capitaneada por el alemán permite a Avellaneda, no sólo precisar la cronología del proceso de fundación, sino también situar históricamente los significados de lo que fue la "fundación de facto" y la "fundación jurídica" de la principal ciudad del Nuevo Reino de Granada. La primera obedeció primordialmente a los hechos de la conquista, mientras que la segunda correspondió a un proceso de colonización en el que los hombres de Féderman desempeñaron un papel fundamental al participar en igualdad de condiciones que los de Quesada, no sólo en la fundación de Santafé, sino en las de otras ciudades del Nuevo Reino. Esto remite a otro hecho importante señalado por el autor: mientras los recién llegados participaron plenamente en la fundación de la ciudad, los "peruleros" de Belalcázar lo hicieron en calidad de observadores, lo que le permite sostener aún más su hipótesis de la necesidad de diferenciar entre los "conquistadores" y los "colonizadores".

La parte medular del libro expone las características socioeconómicas de los soldados de Féderman. Hace resaltar que se trataba de hombres en su mayoría experimentados en empresas de conquista, con edad de 28 años en promedio. También estudia los lugares de procedencia, mostrando cómo en la colonización del Nuevo Reino participaron extranjeros en un 15% frente a un 85% de españoles. Lo que lo convierte en el lugar con más alta presencia de extranjeros frente a Panamá, Perú y Chile. También estudia la ocupación de 35 de los recién llegados, señalando la práctica militar y su experiencia en Indias y algunas habilidades especiales, tales como servir de intérpretes (lenguas), capacidad para elaborar puentes y barcas, servir de escribanos o haber actuado como factores de los Welser. Respecto a los niveles educativos, muestra que 47 eran alfabetizados, lo que deduce del hecho de que sabían firmar, mientras que 17 no lo eran, exceptuando dos curas, cuya formación exigía leer y escribir.

Desde el punto de vista de la composición social, la conclusión es que en general la hueste de Féderman se componía de hombres comunes, pues sólo una docena presumía de "hijosdalgo" que tenían "casa poblada con armas y caballo".

En cuanto a la importancia social adquirida por su participación en la colonización del Nuevo Reino, Avellaneda señala que 64 de los 106 compañeros de Féderman recibieron encomiendas dentro de un territorio que comprendía desde Santafé, Vélez, Tunja, Tocaima, Pamplona hasta Mérida y también en Ibagué, Mariquita y San Juan de los Llanos. Esto les permitió convertirse en figuras importantes de la vida colonial y formar familias con mujeres europeas, aunque un 22% tuvo hijos con indias.

Su influencia se sintió también en el campo religioso, ya que los dos clérigos que lo acompañaron ocuparon los primeros curatos en Santafé y Tunja. Su importancia política no fue tampoco despreciable, pues muchos de ellos ocuparon cargos públicos en diferentes ciudades del Nuevo Reino.

Respecto a las ocupaciones económicas durante la vida colonial se encuentra que un buen número se dedicó a la minería, mientras que otros se dedicaron al comercio y a impulsar la navegación por el río Magdalena. Del mismo grupo formaron parte quienes establecieron el primer molino y la primera tenería e iniciaron la importación de ganados desde Venezuela. En cuanto a explotaciones ganaderas, se sabe que unos pocos recibieron parcelas en sitios cercanos a Bogotá y Tunja, donde levantaron pequeñas estancias.

Creo que no debo finalizar sin señalar que este extenso estudio muestra la seriedad que requiere el trabajo de un historiador: dominio del tema, búsqueda larga y paciente de información en fuentes nuevas y viejas y un excelente uso del aparato crítico. Esto se nota en el impresionante volumen de las fuentes citadas, en las que resalta la cuidadosa utilización de las "probanzas de servicios", de los "juicios de residencia" y de las informaciones de "juicio y parte", documentos que no habían sido muy utilizados en la reconstrucción de nuestra historia colonial, y que

son complementados por documentos notariales de diversa índole, por registros parroquiales y por una larga serie de documentos oficiales que reposan en archivos de España y de Colombia.

ALONSO VALENCIA LLANO

El conjunto monumental de Monguí

Tres comunidades indígenas fueron reunidas en un solo poblado por orden del visitador licenciado don Luis Enriquez, y en 1601 fue fundada la población de Monguí, a una jornada de distancia de Tunja, y en un punto estratégico para la posterior comunicación con los llanos del Casanare. Su nombre proviene, según una hipótesis, del chibcha y traduce "baño de la esposa", o según otra, es una transformación de Monjuitch (en Barcelona), lugar de procedencia de antiguos misioneros¹.

Los oficiales de albañilería Rodrigo Yáñez y Pedro Gómez empezaron a construir en 1603 una primitiva iglesia de una nave, de 47 varas de largo, 9 de ancho y 6 de altura, con el fin primordial de albergar el milagroso cuadro de Nuestra Señora de la Concepción, regalado desde mediados del siglo XVI por el rey Felipe II al cacique de la localidad². Cuenta la tradición, recogida en 1690 por fray Ignacio Guzmán, que el rey envió una imagen de san Martín para Monguí y otra de Nuestra Señora para Sogamoso, las cuales fueron colocadas con gran solemnidad en sus iglesias. Un buen día los cuadros resultaron trocados: san Martín estaba en Sogamoso y Nuestra Señora en Monguí. Retornados a su lugar de origen, el cambio se volvió a repetir y se entendió que esa era la voluntad divina. Desde entonces la Virgen permanece en Monguí, y gracias al milagro, fue posible que en este pueblo pequeño y alejado se edificara un imponente conjunto de convento e iglesia, cuyas torres dominan el perfil del poblado³.

El primitivo templo tuvo el carácter de doctrinero, según constatación documental de Arbeláez Camacho, aunque no se conservan vestigios de capillas "posas", así llamadas porque se utilizaban para "posar" el Santísimo durante las procesiones alrededor de la plaza. La estructura adolecía hacia 1636 de distintas fallas, ocasionadas por la humedad del terreno y por defectos constructivos. Durante los restantes años del siglo XVII demandó reparaciones, pero se siguió deteriorando paulatinamente. Varias paredes estaban derrumbadas y la sacristía no era utilizable, dificultando mucho la vida de los abnegados franciscanos. Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos (1638-1711), al parecer, pasó una temporada en Monguí contratado por los religiosos, después de los disgustos que tuvo con los Figueroas. De 1671 data el óleo *La Anunciación*, el único fechado con precisión, aunque se estima que pudo haber pintado unos cuarenta cuadros conservados en el templo⁴.

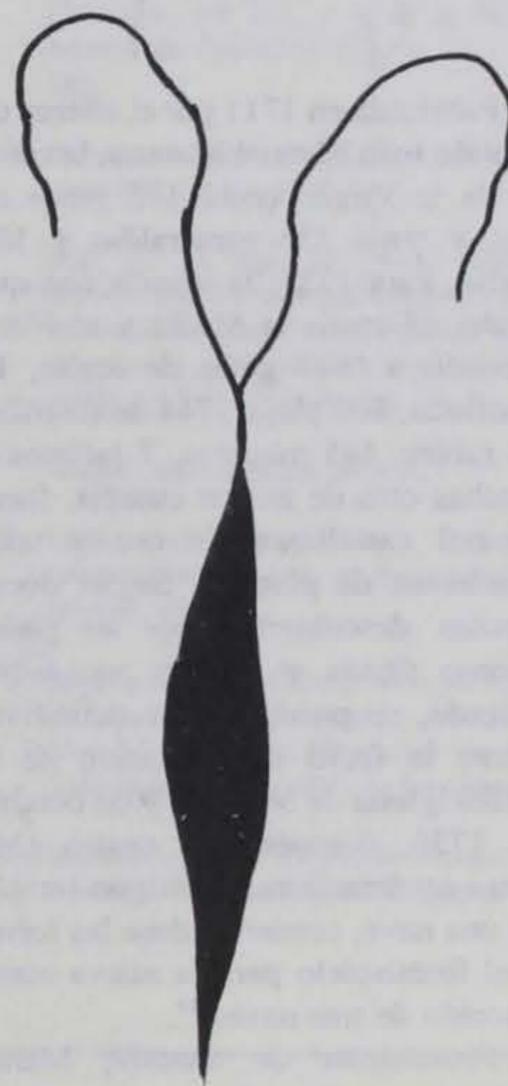
Gracias a las investigaciones documentales de Jaime Salcedo, sabemos que para 1699 la construcción fue examinada por los albañiles Marcos de Ayllon, Pablo Patiño y Pedro Patiño, al primero de los cuales se le adjudicó la realización de las reparaciones necesarias por la suma de setecientos patacones⁵.

Según un informe del arzobispo de Santafé, fray Ignacio Urbina, fechado en 1701,

La Iglesia se halla prevenida de reduplicados y muy sobresalientes ornamentos y demás adornos esenciales, estándolo de molduras y dorados desde el presbiterio hasta la puerta de uno y otro lado. Y actualmente se están fabricando torres y frontispicio de piedra labrada, obra que merecerá la primacía de todo el reino, costeada con las limosnas que al mismo tiempo que crece la devoción van en aumento⁶.

Al año siguiente, una real cédula autorizó la fundación de un convento, adjunto a la iglesia, en virtud de la petición que la orden franciscana ha-

bía hechos desde 1698. El convento debía servir de lugar de reposo y curación para los religiosos provenientes de las misiones de los Llanos. A la sazón se construían en la iglesia las torres y el frontispicio que se han conservado hasta hoy.



La iglesia que reparara Ayllon debió someterse a nuevas refacciones hacia 1732, pues estaba prácticamente en ruinas. Martín Polo Caballero tasó los costos en 3.685 patacones, suma que da lugar a pensar que en realidad se rehizo la iglesia, con mejor fábrica y mayor amplitud, acorde con su importancia como centro de peregrinación y convento⁷.

Los dos primeros cuerpos de la torre sur y la llamada escalera imperial de tres rampas con marco rococó, fueron concluidos entre 1715 y 1718. Esta última es considerada como una de las maravillas de la arquitectura colonial de la Nueva Granada, y como el principal espacio del conjunto, pues sus dimensiones y atributos contrastan con la pobreza franciscana de la orden⁸.